

4TO. ENCUENTRO NACIONAL DE GESTIÓN CULTURAL MÉXICO
GESTIÓN CULTURAL Y COMUNIDADES

Todos los caminos llevan al mall. Consecuencias de un fenómeno urbano para la apropiación e interpretación del patrimonio cultural
Francisco Benjamín Galindo Rivas



Árbol de las marcas
Alambre y barro policromado

Ponencia presentada en el Cuarto Encuentro Nacional de Gestión Cultural realizado en Oaxaca de Juárez
Oaxaca, México entre los días 22 al 25 de abril de 2020



El sincretismo de México ha quedado de manifiesto en nuestra herencia cultural patrimonial, material o inmaterial. Desde hace siglos, es evidente que la población de cada región, estado o municipio ha aprendido a salvaguardarla riqueza de tradiciones milenarias, que prevalecen gracias a procesos de adaptación histórica, pero, sobre todo, en razón de la interpretación atemporal de los símbolos identitarios de las comunidades.

Este mestizaje de identidades –lo menciono en plural, ya que nuestro país posee una megadiversidad biológica y social– contrasta y se distingue profundamente en cada zona geográfica. Por ejemplo, la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (2007) alude que existen casi 65 mil especies de plantas, animales e insectos en sus 25 de 28 tipos de suelos reconocidos en el mundo; a su vez, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2015) contabiliza más de 7 millones de mexicanos que hablan una de las 68 lenguas indígenas registradas.

Podemos sostener–como afirma mi estimado maestro Lucio Lara Plata, en una conversación reciente que tuve con él– que numerosas poblaciones son bilingües o políglotas. Además de hablar español, frecuentan una o dos lenguas indígenas, como náhuatl, mazahua, otomí, zapoteco, mixteco, mazateco, maya y tzotzil, entre otros. Estas características, de cierta manera, definirían los aspectos de nuestra fragmentación social expuesta a la multiplicidad de imaginarios colectivos, que inevitablemente se transforman con el paso del tiempo.

Las manifestaciones culturales no son las mismas de hace cincuenta o cien años. Podemos asegurar que la mayoría se han flexibilizado o, en cierta forma, se han desapegado del rigor que imprimen factores del pensamiento político o religioso;

4TO. ENCUENTRO NACIONAL DE GESTIÓN CULTURAL MÉXICO – GESTIÓN CULTURAL Y COMUNIDADES



los avances tecnológicos y la implementación de nuevos recursos materiales también han propiciado cambios de paradigma en su elaboración. El patrimonio inmaterial –que incluye festividades, rituales, lenguaje, técnicas artesanales y gastronomía– se ha modificado sustancialmente desde su concepción original, propiedad característica que lo mantiene vigente, considerando que constituye una clara muestra emotiva para la cohesión social. Sin esos valores subjetivos, carecería de esencia para permanecer.

EL LUGAR

El Valle del Matlatzinco en el Estado de México, delimitado por la Sierra de las Cruces, de Tenango y el Xinantécatl (Albores Zárate, 2006), con una altura de más de 4,645 metros sobre el nivel del mar; vecino de los Valles de Quencio (Zitácuaro) y del Anáhuac (Ciudad de México); región antiguamente lacustre provista por el Río Lerma y con un clima templado anual, y que engloba a los municipios de Almoloya de Juárez, Calimaya, Lerma, Metepec, Ocoyoacac, San Mateo Atenco, Toluca y Zinacantepec, es el área de estudio y desarrollo de este proyecto.

Esta zona ha focalizado su prosperidad geográfica y su patrimonio inmaterial con aspectos particulares desde tiempos novohispanos. Por ejemplo, su producción se ha depositado en la transmisión del oficio familiar artesanal, de tal manera que los talleres han fungido como los proveedores de continuidad e interpretación de los simbolismos identitarios, la convivencia social y la importancia del emprendimiento económico sostenible.

Así, en San Mateo Atenco, los talleres familiares de curtiduría para la elaboración de calzado –instalados desde la época colonial– impulsaron, ya en el siglo XX, la industria zapatera del municipio. En Almoloya de Juárez, el trabajo de las familias artesanas de la pirotecnia robusteció las fiestas patronales de las comunidades vecinas. En Toluca, la tradición gastronómica familiar centrada en la dulcería



novohispana consolidó la Feria del Alfeñique, una de las actividades culturales más importantes del Centro Histórico. Estas poblaciones de la zona metropolitana han dado testimonio endógeno de colectividad, manutención productiva y estrechos vínculos emotivos.

Por su parte, el municipio de Metepec posee un patrimonio cultural derivado de un largo proceso de mestizaje y evolución social que, al igual que muchas otras poblaciones del país, muestra su presente con arraigo en el pasado. No obstante, a veces, parece que ese presente degrada la originalidad o termina imponiendo una sola visión genérica.

Hablando un poco acerca de los antecedentes históricos y culturales de Metepec, María Carbajal apunta que, desde épocas tempranas, “se dieron asentamientos humanos de influencia olmeca, en el periodo clásico la teotihuacana, y en el posclásico se encuentran además de la influencia tolteca y mexicana, asentamientos otomíes, mazahuas y matlatzincas” (2004,p. 38).

Carbajal refiere que, según la cosmogonía de la época, el emblemático Cerro de los Magueyes relacionaba a estas elevaciones con el agua y los alimentos. Los cerros simbolizaban la fertilidad, tanto del maíz como del ser humano. En virtud de su valor sagrado (2004, p. 39), recientemente se han descubierto posibles basamentos y adoratorios en sus laderas.

Ya en el periodo colonial, a partir de 1561, Metepec se convirtió, junto con otros municipios, en una de las primeras cinco cabeceras de doctrina fundadas en el Valle de Toluca. El centro de estas tareas se situó en el Convento Franciscano, construido en 1569 y consagrado al patronazgo de San Juan Bautista (Carbajal y Jarquín, 2004,p. 82).



Los franciscanos establecieron un calendario litúrgico para el culto divino. Aunque San Juan Bautista era el santo patrón, “la celebración de San Isidro Labrador (15 de mayo) fue la que pronto adquirió mayor importancia, debido a su relación con la agricultura” (Carbajal y Jarquín, 2004,p. 84), actividad que continúa vigente en la zona. En el mismo sentido, esa celebración pervive como la más relevante de Metepec, por lo que resulta fundamental enmarcarla como la proveedora de ritualidad social en la actualidad.

Asimismo, la cerámica del municipio es bastante antigua y se enlaza con rituales funerarios desde la época prehispánica, como las vasijas y restos mortuorios encontrados en excavaciones en las laderas del Cerro de los Magueyes. En la época colonial, ubicamos un claro ejemplo de la producción alfarera incrustada en la fachada del Templo de San Juan Bautista.

En el siglo XIX, predominaron las alcancías de barro negro vidriado, las jarras de agua, las cazuelas, los jarros, las macetas, los candelabros y las figuras pequeñas con formas de animales o seres mitológicos. Al principio del siglo XX, Metepec era célebre por su cerámica de laqueado negro o sus admirables jarras de pulque. “Para 1950, ya eran reconocidos por el gran derroche de colores vivos en sus piezas y comenzó a aplicarse en los primeros árboles; para los años setenta, se introducen nuevos moldes con figuras de pegasos, unicornios, soles, lunas, máscaras” (Carbajal y Jarquín, 2004, p. 115).

De esta manera, podemos aseverar que la construcción del patrimonio artesanal de Metepec es reciente, pero, gracias al policromado y la fantasía de sus formas, posee una reputación sólida que rebasa las fronteras nacionales e internacionales.

Para concluir este apartado, mencionaré algunas investigaciones sobre el origen del árbol de la vida de Metepec. Herrera Medina expresa que surgió como un proceso de apropiación-interpretación proveniente de Izúcar de Matamoros,



Puebla, con registros que datan de finales del siglo XIX por la familia Orta Uroza y, posteriormente, por Castillo Orta (2007,p. 70-72).

En 2012, la ciudad típica de Metepec recibió el nombramiento de *pueblo mágico*, avalado por la Secretaría Federal de Turismo, gracias a sus más de 300 artesanos y 270 familias dedicados a la alfarería, principal actividad del municipio después del comercio, además de su patrimonio arquitectónico colonial. El rango fue otorgado también por su prosperidad económica y turística, pero, sin duda, el gobierno federal en turno tuvo injerencia política para ello.

EL PROYECTO

Entre agosto de 2015 y septiembre de 2016, tuve la oportunidad de desarrollar el proyecto *Todos los caminos llevan al mall;¹ objetos en evidencias*, respaldado por el Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico de la Secretaría Federal de Cultura (antes Conaculta) y el Gobierno del Estado de México. Este programa, surgido a partir de 1993, promueve la política pública de descentralización de bienes y servicios culturales, mediante mecanismos de financiamiento por fondos mixtos.

Las preguntas iniciales del proyecto fueron las siguientes:

¿Cómo se ha modificado la vida sociocultural en la urbe del municipio de Metepec y, principalmente, cerca de los centros comerciales o shopping malls? ¿Es posible, a través de evidencias plásticas o visuales con referencias al patrimonio cultural, describir este fenómeno?

Desde hace más de dos décadas, diversos municipios del país han experimentado los efectos económicos y socioculturales del surgimiento de los denominados

¹En inglés, *mall* significa *centro comercial*. El título de este proyecto propone un juego de palabras con el refrán "todos los caminos conducen a Roma".



malls o *shopping centers* transnacionales. Estos espacios trajeron beneficios económicos en la generación de empleos, bajo el esquema de subcontratación; no obstante, también han transformado drásticamente el contexto urbano y social, antes rural, modificando las conductas y los estilos de vida de la población nativa, lo que genera una nueva estética visual del entorno para un propósito meramente mercantil.

El municipio de Metepec, como especifica Gómez Carmona, “pasó de ser un productor agrícola a un prestador de servicios en menos de 30 años” (2011, p. 142), debido a factores como la migración de habitantes del Valle de México después del sismo de 1985; la cercanía con la capital del Estado de México; las repercusiones económicas del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994, y el surgimiento de nuevas zonas residenciales, unidades habitacionales, escuelas privadas y corredores comerciales. Sin embargo, el detonante que marca un antes y un después en la estética urbana y el dinamismo socioeconómico se refiere a los grandes conjuntos comerciales (*malls*).

Sus prioridades se han enfocado en clases económicas privilegiadas, excluyendo, en cierta medida, al resto de los habitantes del municipio. En este sentido, García Canclini puntualiza que “en el movimiento de la ciudad, los intereses mercantiles se cruzan con los históricos, los estéticos y los comunicacionales. Las luchas semánticas por neutralizarse, perturbar el mensaje de los otros o cambiar su significado, y subordinar a los demás a la propia lógica” (1989, p. 280).

Recientemente, vivimos un ejemplo de lo que implica perturbar y subordinar la dependencia económica. Grupo Alsea, que rige las franquicias de Starbucks, Vips, Burger King, El Portón y otros restaurantes, ordenó descansar a sus trabajadores durante la cuarentena del COVID-19, sin ningún tipo de gratificación o sueldo de por medio. No es extraño que estas empresas busquen ser redituables para su propio beneficio, amparadas por la subcontratación laboral. Lo que destaca es que se encuentra una sociedad minimizada no solo en ingresos, sino también en



cuestiones culturales. Lo más importante para estas franquicias radica en su posicionamiento de marca, imagología de mercadotecnia para que los clientes no dejen de consumir sus productos aspiracionales.

Me resultaba trascendente la idea de desentrañar el impacto urbano de los centros comerciales de este municipio en una producción artística que pueda formar parte del tan anhelado fin social del arte; que evidencie, analice y haga reflexionar sobre el desplazamiento del patrimonio cultural, la transformación del paisaje rural por los factores monetarios imperantes y el deterioro sociocultural que persiste más allá de Metepec, en gran parte del país.

Este proyecto estuvo enfocado en retomar, de manera apropiativa e interpretativa, elementos socioeconómicos, artesanales y simbólicos del municipio. Esta serie de obras plástico-visuales integra un proceso de mestizaje cultural con elementos *híbridos*, que García Canclini define como “la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas, del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas” (1989, p.71).

Aplicado a factores locales, con la posibilidad de nuevas lecturas al patrimonio inmaterial y como forma de potenciar su permanencia en los originarios y nuevos habitantes de la zona, Moreira-Wachtel y Tréllez Solís describen un ambiente idóneo, con “la realización de procesos participativos dirigidos a lograr una apropiación colectiva del patrimonio y su aplicación en acciones de conservación y desarrollo, con miras a la sostenibilidad y al futuro” (2013, p. 12).

Los resultados de este proyecto desembocaron en quince obras plástico-visuales, en técnica de cerámica de media temperatura policromada con elementos tradicionales del árbol de la vida, los soles y las sirenas (*tlanchanas*),² gracias al invaluable apoyo del maestro ceramista Martín Díaz. También se obtuvieron piezas conceptuales en serigrafía, arte objeto y gráfica digital que muestran una

²Personaje mítico nahua-matlatzinca que se representa como mitad mujer y mitad serpiente acuática.



radiografía actual de la zona; más dos exposiciones en la Casa de Cultura de Metepec y en las escalinatas del Cerro de los Magueyes, y la impartición de tres talleres gratuitos para público infantil y juvenil en Toluca y Metepec relacionados con la apropiación de elementos identitarios, como forma de concientizar más que fomentar el patrimonio cultural material e inmaterial del municipio.

FUENTES DE CONSULTA

Albores Zárate, B. (2006). Una travesía conceptual del matlatzincó al Valle de Toluca. *Anales de antropología*, vol. 40. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Carbajal, M. y Jarquín, M.T. (coord.) (2004). Metepec prehispánico. *Metepec. De aldea a ciudad*. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense / Ayuntamiento de Metepec.

Comisión Nacional de Áreas Protegidas (2007). *Diversidad biológica de México. 4° Congreso de Educación Ambiental*. Querétaro: Comisión Nacional de Áreas Protegidas. Recuperado de bva.colech.edu.mx/xmlui/bitstream/handle/123456789/HASH0197d09181c5d027ee263712/doc.pdf?sequence=86.

Consejo Estatal de Población del Gobierno del Estado de México (2012), *Zona Metropolitana del Valle de Toluca. Aspectos sociodemográficos*. Toluca: Consejo Estatal de Población del Gobierno del Estado de México.

García Canclini, N. (1989). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.



Gómez Carmona, G. (2011). *Elitización y segregación socioespacial de la zona metropolitana del Valle de Toluca. Un escenario: Metepec*. Tesis de maestría. Toluca: Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Herrera Medina, B. (2007). *Patrimonio y cultura popular. El caso de las artesanías de barro de Izúcar de Matamoros en la segunda mitad del siglo XX*. Tesis de licenciatura. Puebla: Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2015). *Encuesta Intercensal 2015*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recuperado de www.inegi.org.mx/programas/intercensal/2015/default.html#Tabulados.

Moreira-Wachtel, S. y Tréllez Solís, E. (2013). *La interpretación del patrimonio natural y cultural. Una visión intercultural y participativa*. Lima: Ministerio del Ambiente de Perú / Cooperación Alemana al Desarrollo.

